

Yves Bonnefoy: poesía y presencia

Patricia MARTÍNEZ GARCÍA
Universidad Autónoma de Madrid
Sección de Filología Francesa

«La poesía es fundación por la Palabra y sobre la Palabra»

«La poesía es fundación del Ser por la Palabra»

(Heidegger, Holderling y la Esencia de la Poesía)

RÉSUMÉ

Cette étude envisage la démarche poétique d'Yves Bonnefoy dans sa quête ontologique. Héritier de l'antiplatonisme contemporain et de l'existentialisme, Bonnefoy éprouve le besoin de reprendre la question de l'être au monde. À ce propos, nous essayons d'établir les conditions verbales nécessaires pour l'appréhension de l'être par la poésie. Le premier mouvement de la quête semble être un retour à la réalité sensible, vouée à la temporalité et à la finitude pour instaurer ce que Bonnefoy appelle une «Théologie Négative», dont le but serait de «restituer à l'objet terrestre sa condition d'absolu». Le deuxième mouvement de la quête est voué à la dérogation de la pensée conceptuelle, ennemi de la Présence, qui dénie la réalité sensible dans sa quête d'universels. Finalement, nous envisageons la lecture de son premier recueil poétique, *Du mouvement et de l'immobilité de Douve*, afin de montrer comment ces deux principes métapoétiques que nous avons énoncé plus haut se réalisent dans ce texte.

En Yves Bonnefoy se dan cita todos los problemas, todos los interrogantes que, desde principios de siglo, ha venido suscitando la escritura poética contemporánea. Último poeta vivo de su generación, tránsfuga del Surrealismo, Bonnefoy asume la

escritura como práctica ontológica volcada hacia la realidad concreta, para dar testimonio de lo que es.

En sus libros de poesía, desde *Douve* (1953) hasta *Ce qui fut sans lumière* (1987) el poeta ahonda en el misterio de «ser», en busca de una presencia redimida de toda formulación abstracta o conceptual. La vocación ontológica que alienta esta búsqueda le ha valido el calificativo de poeta cosmovisionario y también el de poeta Místico, si bien su misticismo -como veremos más adelante- ha de ser entendido al margen de toda trascendencia suprasensible¹.

En sus ensayos en prosa, desde *L'Improbable* (1959) hasta *La Vérité de Parole* (1988), el crítico indaga en las diferentes formas de expresión artística y reflexiona sobre las condiciones de una Poética del objeto de arte como presencia sensible. Esta dimensión metapoética le hace continuador y renovador de la tradición de poetas filósofos inaugurada por Mallarmé y Valéry².

Yves Bonnefoy participa pues de esta poesía con vocación ontológica que pretende retomar, a través del lenguaje poético, la definición de aquello que la filosofía occidental ha denominado el Ser o la Presencia. Esta «apropiación» se vería legitimada por la intensa conciencia de crisis que afecta, desde principios del siglo XX, a la razón racionalista como modo de conocer la realidad concreta.

En este sentido, como ha señalado J. Starobinski, el discurso poético habría sustituido al discurso analítico-explicativo para erigirse como «*Teoría tou cosmou*», es decir, como propuesta interpretativa del cosmos³, y retomar, así, una de sus más antiguas funciones, aquella que, en los albores del pensamiento filosófico, la unía a la metafísica en la común tarea de dar un nombre fundador de la cosa. La poesía será, será, por tanto, reviviscencia de aquella metafísica primigenia y preplatónica que algunos han llamado la Metafísica en «estado poético». Pues no es coincidencia sino natural necesidad, que fuese un poeta-filósofo, Parménides, quien alzara al estado poético la palabra fundamental de la Metafísica: la de Ser. Así, cuando Aristóteles comienza preguntándose si es la Metafísica una ciencia (Episteme), ya habría ésta desertado del dominio de la Poesía para instalarse en una fase científica o apoética. Al retomar la cuestión del Ser, el lenguaje poético se propone remontar de la Metafísica en estado «científico» a la Metafísica en estado poético, para restituir lo que Bonnefoy llama «*cette ontologie élémentaire de l'homme archaïque*», «*l'être-là d'avant la parole*». (L.V.P. p.54)

¹ *Du Mouvement et de l'immobilité de Douve* (1953); *Hier régnant désert* (1965); *Pierre écrite* (1962); *Dans le leurre du Seuil* (1975); *Ce qui fut sans lumière* (1987). Todas ellas han sido reunidas en una edición común bajo el título de *Poèmes*, en París, Mercure de France, 1978, y, más tarde, en la colección «Poésie» de Gallimard, 1982. Es ésta última edición la que utilizamos para las referencias.

² Para referirnos a los distintos ensayos, utilizamos las siguientes abreviaturas: *I. L'Improbable*, París, Mercure de France, 1950; *N.R. Le Nuage Rouge*, París, Mercure de France, 1977; *E. Entretiens sur la Poésie*, Neuchâtel, La Baconnière, 1981, *A.P. L'Arrière-Pays*, París, Skira, 1972.

³ J. Starobinski, «La poésie entre deux mondes»; Préface à *Poèmes*, París, Gallimard, 1982, pp. 7-30.

Pero, ¿qué es la Presencia en la ontología poética de Yves Bonnefoy? ¿Cómo acceder hasta ella? ¿Y cuáles son los obstáculos que el decir poético deberá resolver en su búsqueda ontológica?

Toda búsqueda, toda itinerancia poética en Bonnefoy, parece fundarse sobre el reconocimiento previo de la ausencia:

Que saisir sinon qui s'échappe,
Que voir sinon qui s'obscurcit,
Que désirer sinon qui meurt,
Sinon qui parle et se déchire?
(*Douve*, p.66)

Para el poeta, lo absoluto, el mundo en su ser absoluto, será, precisamente, aquello que está ausente, pues paradójicamente, la única certeza existencial de todo hombre es el no-ser la plenitud del ser y el no-saber de un modo absolutamente cierto. La existencia será entonces experimentada como exilio, carencia, privación de todo ser absoluto y de todo conocimiento absoluto del mundo:

Je ne suis que parole intentée à l'absence,
L'absence détruira tout mon ressassement.
Oui, c'est bientôt périr de n'être que parole
Et c'est tâche fatale et vain couronnement.
(*Douve*, p.89)

Y será precisamente el no-ser de un modo absoluto, y la imposibilidad del saber absolutamente cierto, lo que impulsa al poeta a buscar, a interrogar, a ahondar con las palabras en el sentido siempre misterioso de lo que es:

Demande au maître de la nuit quelle est cette nuit,
Demande: que veux-tu, o maître disjoint?
Naufragé de ta nuit, oui je te cherche en elle,
Je vis de tes questions, je parle dans ton sang,
Je suis le maître de ta nuit, je veille en toi comme
la nuit.
(*Douve*, p.86)

La búsqueda poética de Bonnefoy se inicia pues desde la creencia nostálgica ya enunciada por Rimbaud de que la verdadera vida está ausente. ¿Pero cómo llegar hasta ella? ¿Y por qué signo podré reconocerla?

El primer movimiento en la Ontología poética de Bonnefoy será de renuncia a todo discurso conceptual sobre el ser, y el retorno a la realidad concreta en su más pura y rotunda materialidad. Volver a la esencia de la realidad que es para el poeta el mundo sensible: «Le sensible est une présence, afirma el poeta, notion quasi déserte de tout sens, notion à jamais impure selon l'esprit conceptuel: il est aussi le salut». (A.

P. p. 25). Heredero del antiplatonismo contemporáneo, Bonnefoy deshecha toda formulación idealista y orienta su búsqueda hacia el plano del fenómeno sensible, con el fin de restituir «à tout objet terrestre sa condition d'absolu» (I. p.18)

Depuis la mort des Dieux, depuis la fin de l'efficace des mythes, si la poésie veut poursuivre sa quête ontologique commencée par les textes sacrés, elle a pour véritable obligation, pour théologie négative, le plus sérieux des réalismes, un approfondissement toujours réactivé dans la matière. (I. p. 125)

La «quête ontologique» se formulará así como una Teología negativa que es también para Bonnefoy, «une théologie de la terre» (E. p. 4), «cette terre aux chemins qui tombent dans la mort» (H.R.D. p. 198), abocada, no ya hacia alguna realidad idealista y trascendental, sino hacia la realidad concreta, sometida a la temporalidad y sobre el fondo de su probable muerte futura. El decir poético deberá por tanto aventurarse «Dans l'heureuse matière sans retour» (P. E. p. 242), «Sur cette face de l'être où nous sommes exposés,/ Sur cette aridité que traverse/ Le seul vent de finitude». (Douve, p. 85)

Porque comprometerse con lo real, dar cuenta de lo que es, equivale a dar cuenta de lo que no será o dejará de ser: «Faisons une nouvelle fois -escribe Bonnefoy en L'Improbable- je le propose aujourd'hui, le pas baudelairien de l'amour aux choses mortelles». (I. p. 106)

Así, en la ontología poética de Bonnefoy, la presencia, arraigada al plano sensible, sólo se revelará plenamente en su vocación a la finitud: la muerte será, en efecto, la posibilidad extrema de toda presencia, pero constituiría, al mismo tiempo, su única posibilidad absolutamente cierta. Paradoja fundamental del ser: «Precisamente lo permanente es lo huidizo», afirma Heidegger⁴, pues lo único permanentemente cierto de la existencia es su sometimiento al tiempo y a la finitud. Así pues, en el horizonte de la existencia, lo improbable es la vida y, la muerte, la probabilidad más cierta: «À l'Improbable -escribe el poeta en la dedicatoria del libro de mismo título- c'est à dire, à ce qui est».

No se escapa que afirmar que lo que es requiere de la intervención de la muerte para instaurar su realidad, supone continuar y renovar toda una corriente de pensamiento que, desde el existencialismo, afirma la exigencia ontológica de decir el ser a partir del no-ser. De este modo, comprender el ser supondrá, necesariamente existir aquí y ahora y coincidir con la facticidad de la existencia temporal como posibilidad extrema de toda presencia. Se tratará entonces de arrancar la presencia de «son éternelle présence d'idéalité» para inscribirla en ese dominio de lo improbable y de lo precario que Heidegger denominó «el ser relativamente a la posibilidad de morir».

⁴ M. Heidegger, *Hölderling y la esencia de la Poesía*, Barcelona, Antropos 1989. Traducción, comentarios y prólogo de Juan David García Bacca.

No es pues una dimensión idealista lo que el poeta intenta rescatar a través de su poesía, sino un mundo reconquistado sobre la abstracción, «un endroit de chair et de temps» (*A. P.* p. 62). Y, expresar lo existente será, para Bonnefoy, renunciar al paraíso cerrado e inmóvil del ser atemporal para evocar «le geste tremble de ce qui vit», «l'obscur gravitation charnelle». Sólo entonces podrá la verdadera presencia revelarse en su vocación a la finitud y, así aprehendida, permitir la epifanía de aquello que el poeta llama «éternité de présence» o «l'univers au degré de la présence» que es «une expérience de l'instant dans sa plénitude sans mémoire». (*E.* p. 132).

Si la ontología poética de Bonnefoy se propone, como acabamos de afirmar, restituir «à l'objet terrestre sa condition d'absolu» (*I.* p. 18), el poema, espacio virtual de la revelación de la presencia, deberá reunir las condiciones verbales necesarias para posibilitar su advenimiento.

Para hacerse presente, la presencia deberá echar raíces en un espacio y en un tiempo humanos, comprometerse a ser, concretarse en un aquí y ahora. Y para ello, el poeta deberá renunciar a la tentación platónica de edificar un reconfortante modelo ideal, y de refugiarse en la paz armoniosa del sistema y de la abstracción. Bonnefoy lo proclama incansablemente en sus escritos en prosa: la idea, el concepto, son incapaces de expresar la presencia sin sustraerle aquello que de auténticamente terrenal posee: el tiempo, la historicidad, la vocación a la finitud. Y, por ello mismo, nos inducen a renegar de nuestro aquí y ahora, constituyendo por tanto «un déni de l'être»:

Parce qu'on meurt dans ce monde et pour nier le destin, l'homme a bâti de concepts cette demeure logique où les seuls principes qui vaillent sont de permanence et d'identité. (*E.* p. 152)

El concepto, «Château d'absence», «apostasie sans fin de ce qui est» (*I.* p. 132), representación idealista de lo real, en nada participa de la facticidad de la existencia, de lo improbable o contingente: «Y a-t-il un concept d'un pas venant dans la nuit, d'un cri, de l'éboulement d'une pierre dans les broussailles? De l'impression que fait une maison vide? Mais, non, rien n'a été gardé du réel que ce qui convient à notre repos». (*I.* p. 13).

De este modo, el irracionalismo existencial de Bonnefoy desemboca en una anti-filosofía que reniega de toda formulación abstracta, de todo sistema idealista, para sustituir a la reconfortante claridad del concepto, la opacidad de la existencia, al orden bien articulado del discurso abstracto, el desorden, la fugacidad, la dispersión de un habla poética sin discurso, sin silogismos, sin líneas lógicas ideales que den apariencia de sistema coherente.

Así, retomar desde la Poesía la antigua cuestión del Ser conllevará, necesariamente, la renuncia al pensamiento conceptual, por un lado, y, por otro, el reconocimiento de la realidad concreta en su historicidad y en su finitud. La primera condición concierne a las formas del pensamiento poético. La segunda atañe al objeto mismo de pensamiento de la poesía.

En lo que se refiere a esta primera condición, a las formas del pensamiento poético, de lo anteriormente expuesto se deduce que el pensamiento poético deberá desterrar toda mediación conceptual, toda trabazón lógico-discursiva, artífices del pensamiento filosófico en «estado científico». De tal modo que, si el concepto es para Bonnefoy «cette demeure logique où les seuls principes qui vaillent sont de permanence et d'identité», la palabra poética deberá revocar dichos principios oponiéndolos a los de impermanencia y diferencia, detractores de toda representación conceptual, de toda síntesis idealista. Se tratará, por tanto, de oponer al inmovilismo conceptual, el movimiento huidizo y singular de un discurso fundado sobre la impermanencia y la no identidad, abierto al tiempo y a lo improbable.

En lo que se refiere a la segunda condición, el objeto de pensamiento de la Poesía, deberá ésta fundarse sobre el reconocimiento de la realidad concreta en su historicidad y en su finitud. Así, por ser inseparable de toda presencia, la muerte, la condición precaria y transitoria de todo lo que es, deberán ser tomadas como objeto de pensamiento.

Sin duda es la muerte el primer enemigo del concepto pues sólo ella sabrá sustraer a todo objeto real de la atemporalidad de su estatus nocional. Se tratará entonces de proyectar la vida sobre su futuro «haber de acabarse», de interpretar la existencia en relación a la probabilidad más cierta de su muerte futura. La experiencia del fenómeno de la muerte abrirá entonces a ésta la posibilidad de su verdadera auto posesión.

Estas dos condiciones poéticas se verán realizadas en el primer libro de Bonnefoy, *Du mouvement et de l'immobilité de Douve*, que se constituye, así, en texto fundacional en el que el poeta expone los principios metapoéticos que habrán de sustentar su búsqueda ontológica. No es casual que dicho texto se erija sobre las ruinas de un texto anterior, *Rapport d'un agent secret*, hoy inexistente, destruido en el proceso de reescritura y transformado en otro, Douve, en el cual la destrucción, como veremos a continuación, ocupa un lugar privilegiado.

En efecto, desde los primeros poemas (*Théâtre, Derniers Gestes*), presenciamos los distintos avatares de un proceso de destrucción cuyo objeto sería el actante poemático Douve, y del cual es testigo pasivo el Yo Enunciador, alter-ego del Poeta. Y es precisamente en razón de esta destrucción cómo se irán glosando las distintas denominaciones poéticas de dicho sujeto, de tal suerte que su existencia poemática se originará, paradójicamente, a partir de su propia aniquilación:

Je te voyais courir sur des terrasses.
Je te voyais lutter contre le vent,
Le froid saignait sur tes lèvres.

Et je t'ai vue te rompre et jouir d'être
morte ô plus belle

Que la foudre quand elle tache les vitres
blanches de ton sang. (p. 45)

Douve, aprehendida en este proceso destructivo incesantemente renovado, será, indistintamente, «lande résineuse», «village de braise», «rivière souterraine», «inapaisable éclair», «Ouverture tentée dans l'épaisseur du monde», «demeure d'un feu sombre où convergent nos pentes», «Ménade saisie la tête en bas», etc...

Al resultar inasimilables a ningún significante unívoco, las cambiantes denominaciones poéticas que se le atribuyen imposibilitan toda síntesis conceptual. Quedaría así revocado el principio de identidad, artificio de la representación conceptual, pues Douve no es identificable a nada que no sea ella misma, tanto más cuanto que ni siquiera es constantemente idéntica a sí misma. Se puede por ello afirmar que en Douve se encarna la presencia refractaria a toda representación conceptual, a toda síntesis significativa. Como ha señalado J. E. Jakson, «elle est ce type de présence qu'une subjectivité ne peut réduire à figurer univoquement dans la mesure où elle échappe, par le jeu des ses métamorphoses, à l'unité d'un sens identifiable»⁵. Así, al ser intraducibles en otros términos, los nombres de Douve se transforman en nombres propios: «Douve c'était déjà un nom propre, ce qui suggère déjà son énigme, une veille, qui nous concerne et non un en-soi, une indifférence. Un visage, non une essence. En poésie, il n'y a jamais que des noms propres». (E. p. 136)

Así, por su inacotable virtualidad simbólica, el referente Douve es irreductible a toda clausura significativa, a toda formulación conceptual, y tan sólo será aprehensible en su singularidad y en su diferencia radical de sujeto:

Douve sera ton nom, au loin parmi les pierres
Douve profonde et noire
Eau basse irréductible où l'effort se perdra.
(p. 104)

Sin duda el cambiante juego de las metamorfosis de Douve que sume a dicho actante en la indeterminación representativa, contribuye, igualmente, a poner en entredicho el principio de permanencia. Douve es movimiento, cambiante apariencia, continua metamorfosis. Pero sobre todo, Douve es la encarnación misma de la impermanencia por hallarse su presencia poemática inextricablemente vinculada a la muerte y a la finitud.

En efecto, desde las primeras líneas, Douve aparece como sujeto victimal de un proceso destructivo cuyas formas, al igual que la propia Douve, se renuevan y se transforman una y otra vez. Desde «*Théâtre*» hasta «*Derniers Gestes*», Douve es indisociable de las distintas figuraciones sensibles de la finitud, de tal modo que es imposible imaginarla si no es en trance de finitud, sometida a un rito sacrificial incesantemente renovado:

⁵ J. E. Jakson, «Douve où le principe de non-identité», *Sud*, Septembre 1980. pp. 37-80.

PATRICIA MARTÍNEZ GARCÍA

La tête quadrillée les mains fendues et toute
En quête de la mort sur les tambours exultants
de tes gestes. (p. 47)

Dans une pièce blanche, les yeux cernés de plâtre
bouche vertigineuse et les mains condamnées à
l'herbe luxuriante qui l'envahit de toutes parts.
(p. 58)

No obstante, por estar sometida a esta misma dinámica de derogación de los principios de identidad y permanencia, también la muerte se desliga aquí de toda formulación abstracta o conceptual. La muerte, incesantemente renovada y diferenciada, aparecerá como algo inherente al sujeto, algo que lo habita y que es indisoluble de su propia existencia; una fuerza en acción que articula la naturaleza íntima del sujeto. La muerte será un estado, un modo de estar, y Douve encarna entonces la paradoja de un ser que existe en la muerte, que experimenta el gozo consciente y regenerador de saberse muerto: «jouir d'être morte». Podríamos por tanto afirmar que Douve constituye la realización poética del «ser-relativamente a la posibilidad de morir».

No es pues una coincidencia que el actante oponente «finitud» no tarde en revelarse como actante adyuvante del sujeto, al permitir a éste acceder al conocimiento de su propio ser a través de la experiencia del fenómeno de la finitud. Es así como Douve tomará consciencia de su ser y devendrá «Présence ressaisie dans la torche du froid» (p. 53); «Présence exacte qu'aucune ne saurait restreindre; convoyeuse du froid secret; vivante, de ce sang qui renaît et s'accroît où se déchire le poème» (p. 62)

Y una vez asumida su vocación mortal, una vez reconocido su ser finito, Douve podrá afirmar:

Je partageais l'hypnose de la pierre
J'étais aveugle comme elle.
Or est venu ce vent par quoi mes comédies
Se sont élucidées en l'acte de mourir.
(...)

Et je fus éveillée et je souffris. (p.83)

Tras la experiencia de la finitud, Douve despierta a la verdadera existencia y accede a su verdadero ser, puesto que la verdadera existencia sólo se revela en su certeza absoluta en la experiencia subjetiva de la muerte como acto. La hipnosis, la ceguera, indicios metafóricos de una falsa aprehensión del ser, del sueño ilusorio, del simulacro («comédie»), dejarán paso a la auténtica presencia, el único modo de ser auténticamente cierto, aquel que se dilucida en «l'acte de mourir».

Y sólo entonces podrá el Yo-Narrador reconocer a Douve como presencia:

O plus belle et la mort infuse dans ton rire!
J'ose à présent te rencontrer, je soutiens
l'éclat de tes gestes. (p. 62)

Y en la compartición de un destino común, tendrá lugar la anagnórisis, el descubrimiento de aquel que se reconoce a sí mismo bajo la apariencia de otro: «Fontaine de ma mort présente insoutenable» (p. 55), haciéndose posible el conocimiento o revelación de la verdadera presencia, aquella que se desvela en la certeza de su ser.

Conocimiento absolutamente cierto que no es comprensión sino Saber: el saber ontológicamente irrefutable de lo que es, que escapa a toda comprensión racional, a toda formulación lógica: «Secrète connaissance» (p. 55); «Science profonde» (p. 59); «Ayant vécu l'instant où la chair la plus proche se mue en connaissance» (p.98),

Sólo entonces será posible la verdadera aprehensión verbal de la presencia a través del acto de la nominación poética:

Et si grand soit le froid qui monte de ton être,
Si brulant soit le gel de notre intimité,
Douve, je parle en toi; et je t'enserme
Dans l'acte de connaître et de nommer. (p. 77)

Queda así cumplida la función a la cual estaba destinada la poesía: la fundación del ser por la palabra.

Asistimos entonces a un segundo movimiento poético (*Douve parle*) en el que se establece una nueva situación enunciativa: Douve, hasta entonces sujeto pasivo de la destrucción, toma la palabra y dialoga con el Yo-Enunciador y las nuevas voces que emergen del texto como desdoblamientos del locutor inicial («Une Voix»; «Une autre Voix»). Al «Teatro de la destrucción», sucede el diálogo intersubjetivo, el trayecto de la palabra al encuentro de la alteridad. Es entonces cuando la poesía, lenguaje de la alocución lírica del yo hacia todo lo que es otro, cobra sentido para desvelar un nuevo aspecto de la presencia: el ser-en-el-mundo que es la experiencia de entendimiento con el otro, «La conscience de l'autre est la voie de l'incarnation -afirma Bonnefoy- le déchiffrement du réel» (E. p. 90). «El ser del hombre se funda en la palabra. Mas la palabra viene a ser como el diálogo -dice Heidegger- (...) Nosotros los hombres somos palabra en Diálogo»⁶.

Al mismo tiempo, esta instancia dialógica fundadora de un nuevo aspecto de la Presencia, abre el texto hacia la dimensión metapoética. En efecto, los distintos enunciadores dialogan sobre las condiciones verbales de la aprehensión del ser. Douve, encarnación de la presencia irreductible a toda representación conceptual, deviene entonces encarnación de la palabra poética, propiciando así la identificación

⁶ M. Heidegger, *op. cit.*, p. 26.

PATRICIA MARTÍNEZ GARCÍA

Poesía-Presencia. A partir de ese momento, Douve asume la palabra transformándose en alegoría de la creación:

Je ne suis que parole intentée à l'absence.
(p. 89)

Et parole vécue mais infiniment morte
Quand la lumière s'est faite vent et nuit. (p. 92)

Poesía y presencia deberán por tanto participar de una esencia común. Así, del mismo modo que Douve se sometía a la experiencia de la finitud desarraigada de toda implicación conceptual para poseer a su verdadera presencia, la palabra poética deberá erigirse sobre su propia destrucción para acceder a su verdadero ser: Destrucción fundacional y regeneradora, muerte fundadora de la que el verbo resurge depurado de toda resonancia conceptual, arraigado al tiempo y a la finitud, reconvertido a la impermanencia y a la diferencia. La propia Douve, enuncia en estos versos la moral poética de Bonnefoy fundada sobre el principio fundacional de la muerte regeneradora:

Il te faudra franchir la mort pour que tu vives
La plus pure présence est un sang répandu. (p.74)

La práctica poética quedará por tanto asumida como actividad negativa y desestabilizadora destinada a romper el estatismo de la idea, la clausura significativa del saber y del Logos clásico, y a expulsar del reino de la Poesía el reconfortante immobilismo conceptual.

Y tras el descenso a los infiernos, la palabra podrá resurgir de sus cenizas, como Douve o el ave Fénix, para instaurar en la incandescencia de una muerte superada, el alba indecisa del posible diálogo con el mundo. La palabra, depurada de toda resonancia idealista, convertida al tiempo y a la finitud, podrá, en un tercer momento poético, (*Vrai Lieu, L'orangerie*), encaminarse hacia el «Vrai Lieu», postrera figuración metafórica de la Poesía, transformada en lugar, altar profano en el que habrá de repetirse, una y otra vez el rito fundacional del sacrificio regenerador:

L'orangerie sera ta résidence.
Sur la table dressée dans une autre lumière
Tu coucheras ton cœur.
Ta face prendra feu, chassant à travers
branches. (p. 104)

«Vrai Lieu» o estancia desocupada, cuya ausencia interior será metáfora del necesario vaciamiento del lenguaje, de su apertura hacia el mundo. De la palabra hueca, deshabitada, temporalizada, en la paciente espera de la repleción semántica.